

RELATO GANADOR

“La cura del miedo”

Asier Merlo, Bermeo (Bizkaia)

Hay gente, y no poca, que teme a enfermarse. Yo no soy de esos, yo temo a otra cosa.

Al igual que no me da miedo pasar hambre, sino no tener que llevarme a la boca. Al igual que no me da miedo tener sed, sino no tener nada que beber. Yo no temo estar enfermo, temo que no haya quien me cure. O, en última instancia, al menos, me cuide.

No temo a los hospitales, temo el día en el que no me dejen entrar a uno. No temo las colas para enseñar mi tarjeta sanitaria, temo el momento en el que tenga que enseñar mi tarjeta de crédito. Y tampoco temo que mi médico me haga preguntas incómodas, temo al día en el que no tenga tiempo para hacerme las preguntas que podrían salvarme la vida.

Estos, y no otros son mis miedos, algo que para algunos es una realidad, un hecho catastrófico. Porque igual que la gente enferma cada día, hay gente que se cura cada día. No temo el día en el que enferme, temo el día en el que no pueda permitirme la cura.

RELATOS FINALISTAS - MENCIÓN ESPECIAL***“Hospitales felices”*****Paloma Casado Marco, Santander.**

En este hospital no se muere nadie y si lo hace es durante un rato porque la población es escasa y, por tanto, imprescindible. El conductor de la ambulancia lleva una sonrisa pintada en la cara, aunque tenga que bajar la camilla él solo por falta de personal. También sonríen médicos y enfermeras e incluso los enfermos que, a pesar de permanecer acostados en sus habitaciones o en el quirófano, presentan un aspecto inmejorable. Todos los miembros de la comunidad: piratas, profesoras, indios, camioneros y astronautas son atendidos por igual. En el ala infantil, una doctora ausculta a los niños con su estetoscopio y un enfermero los vacuna sin hacerles ningún daño. Un revoloteo de manitas desplaza en su ir y venir a pacientes y sanitarios durante el tiempo de juegos. Después guardan los clicks en su caja hasta el día siguiente, cuando vuelvan a la sala de recreo para hacer más llevadera su estancia en este hospital de verdad.

“RIP”**Sonia Alonso Botija, Tres Cantos (Madrid).**

Hay un pequeño pueblo en Soria, ya casi aldea, de treinta almas. Todas longevas.

Aquí los lujos son sencillos: Consulta médica una vez a la semana, los martes; cartero una vez a la semana, los miércoles; cura una vez a la semana, los domingos. Y ya, nada más. Estos son los únicos servicios públicos de los que gozan. Privados solo el panadero, un negocio ruinoso. El autobús lleva 50 años sin pasar. Ni siquiera hay bar, todo un fastidio.

Una mañana apareció un cartel en la puerta del consultorio médico que decía: “cerrado el consultorio médico por falta de personal. Llamar al teléfono fijo aquí indicado” . Todo un fastidio.

Antes, el consultorio médico compartía espacio con el locutorio telefónico, pero eso era antes. Hace décadas que el locutorio desapareció sin terminar de llegar al pueblo las centralitas digitales, ni las antenas de cobertura móvil. Un negocio ruinoso.

Ahora los lujos son escasos: cartero una vez a la semana, los miércoles; cura una vez a la semana, los domingos.

La siguiente mañana apareció un cartel en la puerta del consultorio, debajo del primero, que decía: Vecinos, Descansen en Paz.

En la aldea, que no pueblo.

RELATOS FINALISTAS***” Mens sana”*****Soraya Geijo Uribe, Valladolid.**

Gran avance el del móvil que, tras escuchar los síntomas que le relataba su humano, o a veces tan solo con oír sus quejidos, evaluaba sus parámetros fisiológicos e incluso analizaba muestras biológicas que tomaba por contacto, para, con una celeridad que para sí hubiera querido Galeno, contactar con la farmacia más cercana donde le dispensarían el mejor remedio. O en los casos más graves solicitar un dron ambulancia que lo depositaba en el hospital más próximo a cargo de robots más avanzados.

Lástima que, a pesar de tanto avance, la mortalidad no hacía más que aumentar. Y es que el algoritmo se bloqueaba cuando el humano se echaba a llorar o le decía que se sentía solo, o aún peor, que echaba de menos las consultas con su médico, esos parias que ya habían sido encauzados para hacer cosas de más provecho.

“Sano y salvo”**Raúl Garcés Redondo, Zaragoza.**

Mateo era contable. Pero vete tú a saber a santo de qué, el tesorero de aquel grupo era Judas Iscariote. El mismo que se enojó tanto cuando la pecadora María utilizó el valioso perfume de nardo para ungir a Jesús. Todo eso aparece en la Biblia. Lo que no dicen los Evangelios, pero ya te lo digo yo, es que tras cada curación de enfermos que realizaba su Maestro, incluso después de resucitar a la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naín, o a Lázaro, Judas, de espaldas al resto, les exigía a las familias el pago por tales milagros. Y eso, querido amigo, no está bien porque la salud es un derecho sagrado – concluyó aquel desconocido justo en el instante en que por megafonía repetían mi nombre. Y mientras abandonaba de la mano de mamá la sala de espera camino al box de urgencias, deseé con todas mis fuerzas que aquel hombre de desaliñada barba y ropa raída quedara por siempre a salvo de insensibles tesoreros.

“Mi pie izquierdo”

Luis Román, Madrid.

No es que fuera gran cosa, pero le tenía cariño y me había acostumbrado a caminar con él. Es verdad que nunca tuvo buen aspecto, de hecho, parecía que llevaba muerto desde el cambio de siglo. En cualquier caso, fue una lástima perder el dedo meñique del pie izquierdo... dos semanas ANTES de recibir la fecha para la consulta del podólogo.

” No hay camas para las muñecas”.

Esther González Sánchez, Madrid

Hoy ha vuelto a clase. A su abuela le han dicho que debe tomarse unas pastillas, que no se le olviden. Ella, con sus doce años, solo mira sus muñecas, nada más le importa. A su abuela le han dicho que si tiene algún problema que llame a Urgencias. Ella está dibujando en su agenda, dibuja una cueva y se queda sin punta de tan negra que es la entrada. A su abuela le han dicho que lo sienten, pero que no hay camas para ese tipo de problemas, que vuelva a casa. Ella ahora debe sacar punta a su lapicero. No es la primera vez. Es tan fácil. Solo un tornillito y volver a entrar en la cueva.

Cuatro operarios del SUMA más tres profesoras para abrirle la mano. Cinco minutos de angustia y sangre, mucha sangre. Cinco minutos de gritos y la locura campando a sus anchas por todos los pasillos del instituto. Han conseguido quitarle la cuchilla y meterla en la ambulancia.

Eso pasó ayer.

Hoy ha vuelto a clase.

“Cinco estrellas”

Adriel García del Pino, Las Palmas.

Mi padre trabajó toda la vida en los astilleros. Cuando yo era pequeño solía bromear con que sus manos estaban hechas de acero y madera, y su salud era también de hierro. Pero, con el transcurso de los años, llegó el día en el que cayó enfermo.

Por suerte, el hospital contaba con la última tecnología, habitaciones individuales con vistas al mar y un servicio de catering digno de una estrella Michelin.

Fue una lástima que ese día no hubiera médicos.

“Conjuro universal”

Yolanda Giner Manso, El Puerto de Santa María,(Cádiz).

Expediente 43, sólo faltan seis por hoy –se dijo.

“La sirenita solicita un especialista en foniatría, todavía le cuestan algunos sonidos, y el lobo feroz necesita cita en digestivos o quizás un nutricionista, sus hábitos alimenticios le están pasando factura”.

“Respecto al informe de psicología, a Blancanieves se le ha dado el alta, está gestionando el duelo muy bien, pero la Bella durmiente y el Patito Feo seguirán con las sesiones”.

“Por último, tenemos una petición inusual, de un tal Harry Potter para dermatología o medicina estética reparadora, hay que valorar cómo tratar su cicatriz. Pero apenas lleva veinte años cotizando, y no puede considerarse de los nuestros”.

“Eso es irrelevante –respondió con paciencia. Ser criatura mágica es el único criterio: real o imaginaria; centenaria o actual; de cuentos tradicionales o hecha por ordenador y con efectos especiales en 3D. ¿Importa acaso?”.

“En ese caso, aceptamos también la solicitud de vacuna contra la gripe de Papá Noel, ¿no?”.

“Por supuesto, y dales cita también a los tres Reyes Magos, que está empezando el invierno y ya tienen una edad”.

“Las nuevas batas de los médicos”

Laura Fernández Dobarro. Madrid

Los médicos de todos los hospitales vestían desde hacía un año unas batas cosidas con una tela única: los políticos y gestores habían asegurado que el tejido era caro, uno de los más costosos del mundo, y mágico, pues tan sólo podían verlo aquellos que deseaban el bien para la sociedad. Los médicos, enfermeros, celadores y gran parte de los ciudadanos pensaron que era una estafa, pues ninguno veía las batas, pero nadie se atrevió a decir nada para no ser acusado de no querer el bien para todos.

Pronto se comenzó a elaborar material quirúrgico, máquinas de rayos X y hasta las escayolas para los huesos quebrados a partir de este mismo material y, finalmente, las paredes de los mismos hospitales. Un día, una pareja llevó al hospital más cercano a su hija de ocho años, que se había roto un brazo jugando. Al llegar a la puerta de Urgencias, la niña se detuvo y miró asombrada a sus padres mientras confirmaba: "No hay aquí ningún hospital".